

Diego.— (*No corresponde al saludo.*) Aceptado. Puede decirle a su madre que es lo único que he aceptado de ella en veinte años, así que puede morir en paz. ¡Ahora váyanse los dos!

Isabel.— Diego, por favor.

Diego.— (*Aparentemente sereno.*) Aceptamos de buena manera sus condolencias. Ahora pueden irse y jamás regresar.

Cintia.— ¡Yo fui la mujer de su hijo!

Diego.— Amante.

Cintia.— Da igual.

Isabel.— Mejor váyanse.

Enrique.— (*En franca huida.*) También yo me voy.

Cintia se interpone, con el propósito de entregar a Diego un sobre grande. Enrique busca otra salida, sin atreverse a romper el grupo.

Cintia.— Tengo algo más para ustedes... En el sobre encontrarán mi teléfono, por si algún día quieren hablarme.

Diego.— (*Arrebata el sobre.*) Gracias.

Cintia.— ¡Algún día me rogarán que regrese!

Diego.— ¡Pues hasta ese día!

Cintia.— En esta entrevista he comprendido mejor a Benjamín que el tiempo que vivimos juntos.

Isabel.— (*Sinceramente interesada.*) ¿Y qué has descubierto?

Cintia.— Que su odio a las dictaduras lo aprendió aquí.

Enrique quiere aprovechar el instante para fugarse, pero Diego se interpone.

Diego.— ¿Soy yo esa razón?

Cintia.— *(Evita el conflicto abierto.)* De verdad les deseo que encuentren la paz.

Diego.— No me va a dar lecciones de solidaridad social. Feliz fue mi hijo entre nosotros y, si él hubiera vivido, habría regresado. *(La madre llora.)*

Cintia.— Es mejor que sobrevivan creyendo esa mentira *(Inicia mutis y luego mira a Diego, retante.)*, pero nadie desea regresar a una dictadura.

Cintia se aproxima a la puerta de salida y Enrique la sigue con atondramiento.

Isabel.— *(En un grito.)* ¡Pero Benjamín regresó! Vino a vernos el día del accidente.

Cintia queda estupefacta y regresa. Enrique puede salir y queda detenido entre Cintia y Diego.

Cintia.— *(No lo sabía.)* ¿Vino ese día? *(En los diálogos siguientes Enrique mira a cada interlocutor como público en partido de tenis.)*

Isabel.— ¡Sí! *(Mira inquisitiva a Diego.)*

Diego.— *(Aparentando poco interés.)* Vino a saludarnos.

Cintia.— ¿A eso?

Diego.— ¿Le parece poca razón?

Cintia.— *(Comprende con dificultad el hecho.)* Entonces, regresaba de esta casa cuando tuvo el accidente...

Isabel.— Al menos llegue a verlo el día en que murió.

Diego.— *(Miente.)* Benjamín vino a decirnos que quería... volver con nosotros.

Cintia.— *(Titubeante.)* No le creo.

Diego.— Aparentemente se había cansado de usted.

Cintia.— ¿Sabe a qué se dedicaba su hijo? Mientras usted era el director general de una acerera, Benjamín trabajaba de obrero y yo de dependienta. ¡Pero en el mundo de los pobres, fuimos felices!

Enrique se enternece, pero sólo el público lo nota.

Diego.— ¿Le parece un logro que un genio trabaje de obrero? Truncó su camino por varias razones y una fue usted.

Cintia.—Ya no está con vida, no hay necesidad de atacarlo.

Diego.— Usted no conoció a Benjamín. Su coeficiente intelectual era de 140, casi como el de Einstein. Por diez años fuimos a Europa y yo lo inicié en el mundo del arte. *(Irónico.)* Pero usted se ufana de que lo hizo feliz.

Cintia.— Comprendan que pude enviar los sobres por correo... pero necesitaba verlos... Yo no tengo educación, nunca entendí esas cosas de la cultura. Benjamín escribió muchos versos cuando vivíamos juntos. Me los leía y yo no los entendía, pero los recibía con admiración.

Diego.— ¿Existen esos versos?

Por primera vez Cintia comprende que capta el interés de Diego.

Cintia.— Están en el sobre que le acabo de entregar. No supe qué hacer con ellos. No hablan de mí... Benjamín decía: “Si mi padre viera estos versos...”

Diego.— *(Extrae del sobre los poemas en hojas sueltas.)* ¡Son muchos!

Cintia.— Más de cien.

Diego hojea con fruición; mientras Isabel lee conmovida algunas de las cartas.

Isabel.— ¡Mira, Diego, son las cartas que tú me enviaste en los primeros años de nuestro matrimonio! Mira ésta: “Estoy decepcionado y solo, solamente tú puedes salvarme...”

Diego.— *(Con dificultad aparta sus ojos de los poemas.)* ¡Deja eso para después!

Isabel.— Y ésta: “Es la primera vez que me separo de casa, los echo de menos, a ti y al bebé. Dale un beso de mi parte cuando esté dormido, como yo lo hago todas las noches”. ¡Hacía tantos años que no leía estas cartas!

Enrique ha sido un público perfecto.

Diego.— ¿Puedes dejarlo para después?

Isabel.— Todas son tuyas. Aquí está la carta que me enviaste cuando perdimos a la niña: “Yo te amaré...”.

Diego le arrebató las cartas a Isabel. Enrique vuelve a la realidad y se azora.

Diego.— ¡Dije que después!

Cintia.— ¿De qué indiscreción puedo enterarme? ¿Que un día amó a su mujer?

Diego.— Hemos recibido las cartas y los versos. Les agradeceríamos que nos dejen solos.

Enrique se dispone a partir, pero Cintia no se mueve.

Cintia.— No debí venir, pero tenía la esperanza de hacer las paces... Los tres amamos a un mismo hombre y para los tres fue el ser más maravilloso que ha existido.

Isabel.— ¡Todos amamos por igual, pero usted pronto encontrará otro a quien querer... pero yo nunca!

Cintia.— De verdad quiero estar más cercana de usted. La conozco más de lo que usted sospecha. Benjamín me contaba... que si el pan de horno de los domingos, que la ropa siempre limpia y acomodada en sus cajones, que si el gazpacho de verano... (*Enrique sabía todo eso.*)

Enrique.— (*Distraído piensa en voz alta.*) Las madres son todas iguales.

Todos miran a Enrique y éste se sonroja.

Diego.— ¡Tu madre no era capaz de sentir amor!

Enrique.— Yo... quiero decir... que no existen malas madres.

Diego.— (*Irónico.*) Ni tampoco malos padres, supongo. A ver, ¿dónde está tu padre? ¿Acaso lo sabes?

Enrique.— (*Alterado.*) No lo sé.

Isabel.— Diego, déjalo, ya se va.

Diego.— ¡Pues yo sí lo sé y te reto a encontrarlo!

Cintia.— Enrique merece un padre.

Enrique.— (*Hace esfuerzo para ser defensivo.*) No tengo nada en contra de mi padre.

Diego.— (*Sigue irónico.*) Ni a favor, supongo.

Isabel.— Diego, cálmate.

Diego.— Tú quieres iniciar tus estudios a la edad que mi hijo había terminado su maestría. La diferencia es que yo sí supe ser padre, y tu padre, no.

Enrique.— (*A punto de soltar el llanto.*) Le ruego que no hable así de mi padre.

Diego.— No volveré a nombrarlo, no vale la pena.

Enrique.— (*Sacando fuerza de debilidad.*) ¡Mi padre nunca lo quiso!

Diego.— Yo no me doy a querer fácilmente.

Enrique.— Sé que mis padres tuvieron problemas, pero fueron buenos conmigo; mejor que ustedes con Benjamín.

Diego.— Tu madre merecía mejor destino (*Isabel se sorprende.*), pero equivocó en su elección, debió escoger otro hombre.

Isabel.— ¡Diego, ya no vale la pena!

Diego.— Deja que el pasado busque su camino hacia el presente. (*Mira a Enrique.*) ¿Sabías que tu madre estuvo enamorada de mí?

Enrique.— ¡No quiero saber!

Diego.— Bien sabes que no te conviene... Benjamín creció en un hogar balanceado y nada podría recriminarnos.

Enrique.— Mis padres tienen mucho qué reprocharle. Fueron pobres y todo por su culpa.

Diego.— (*Cínico.*) ¿Por mi culpa?

Enrique.— Usted llevó a mi padre a la bancarrota.

Diego.— Para comenzar, la banca no se la rompí, sino le rompí otra cosa... Le había ayudado a hacer buenas inversiones y hasta vivía con cierta comodidad, pero después decidió desoír mis consejos.

Enrique.— ¿Y no pudo salvarlo?

Diego.— Claro que pude, pero no quise.

Enrique.— Usted hizo que mi padre se alejara y yo sé porqué.

Diego.— (*Cínico.*) Yo también.

Enrique.— ¿Y no le da remordimientos?

Diego.— Nunca los he sentido.

Enrique.— Mi madre lo odia.

Diego.— Sus razones tendrá.

Isabel.— (*Fría.*) Tu padre odiaba a Diego por celos.

Enrique.— (*Azorado.*) ¡Usted también lo sabía!

Isabel.— Sí... Perdí a mi hermana primero y ahora a Benjamín... (*Intenta cambiar el tema.*) Cuando Benjamín y tú eran niños, jugaban juntos y se querían tanto. (*Enrique llora compungido.*) Calma, calma, no llores, ven a mis brazos. (*Lo abraza maternal.*) Te prometo que te vamos ayudar. Ahora Benjamín no está con nosotros y yo quiero hacerte una promesa: voy a perdonar a mi hermana e intentar ser tu tía... tu madre aquí en la ciudad. (*Enrique llora con sonoridad e Isabel lo consuela.*)

Cintia.— No se puede recuperar la maternidad.

Isabel.— ¡Tú qué sabes de maternidad!

Cintia.— ¡Tanto como usted!

Isabel.— (*En maldición.*) Cuando llegues a ser madre, te darás cuenta que el ser que se gestó en tus entrañas nació con el alma podrida. ¡Yo te maldigo porque me quitaste a mi hijo y porque trajiste a esta casa tanta infelicidad!

Diego.— (*En ruego.*) Isabel, ¡silencio!

Cintia.— (*Sorbiéndose las lágrimas.*) Me voy.

Cintia intenta salir y es seguida por Enrique, pero Isabel se interpone retante.

Isabel.— Los rencores que he guardado por tantos años han aflorado hoy. Aquí a todos les ha tocado el sillón de los acusadores y ahora me toca a mí. (*Mira a Diego.*) ¡Siéntate y defiéndete!

Diego.— ¡Cállate!

Isabel.— Nadie me va a callar ahora. Era mi niño, el ser que más he querido (*Diego se sorprende.*) y lo perdí, no cuando murió, fue mucho antes. Él se fue y ya no existíamos en su corazón. Él mismo decidió su vida, pero lo que a mí me duele es que no me tomó en cuenta.

Cintia.— ¡No sabe hasta dónde los tomaba en cuenta!

Isabel.— (*A Enrique.*) Cuando me casé con tu tío sabía que aún quería a Carlota, pero yo tenía la certeza que era yo la que podía hacerlo feliz. (*A Enrique.*) Tu madre era muy hermosa, su hermosura solamente era sobrepasada por su vanidad. Diego la pretendía pero era entonces un muchacho serio. Ella prefirió a tu padre porque era bello y porque tenía tanta gracia. Después de las bodas, las parejas nos hicimos amigos. Enrique y Diego platicaban por horas. Enrique pretendiendo ser artista y Diego terco en hacerlo un hombre práctico. Tu madre y yo volvimos a querernos como si nada hubiera pasado. Después nacieron Benjamín y tú, parecían hermanos. Entonces vino un tiempo en que nuestras vidas bordearon el infierno.

Diego.— Nadie te pide que recuerdes esto.

Isabel.— *(A Diego con gran autoridad.)* Yo no cité a los fantasmas... aquí han vivido entre nosotros. *(A Enrique.)* Fue cuando descubrí que Carlota veía con Diego en secreto *(Diego controla su ira.)*. Noté que tu padre comenzó a beber... *(Mira a Diego.)* ¡Contradíceme si no estoy diciendo la verdad! *(A Enrique.)* Fue cuando tu padre vendió sus acciones, que entonces no valían mucho, y Diego las compró. Repentinamente tus padres se fueron a vivir lejos. Años después las acciones subieron de valor... Esa es la historia.

Enrique.— Yo supe muchas cosas porque Benjamín me las decía, le gustaba el espionaje... *(Sonríe.)* Yo lo quise como a un hermano... Mi madre no me pidió que viniera a darles el pésame... Era yo el que quería venir... ¿Por qué no pueden aceptar que fue feliz con Cintia?

Cintia.— ¡Porque nadie puede ser feliz aquí! *(Se acerca a Enrique y lo besa en la mejilla. Enrique se sonroja.)*

Isabel.— *(A Enrique.)* Benjamín te quiso mucho. Es una lástima que de grandes dejaron de convivir. Por eso quiero darte su ropa. *(Saca una prenda. Cintia se ha puesto tensa.)* Este saco lo compramos en Florencia. Este traje se lo hicieron en Madrid. Ponte el saco *(Isabel le ayuda a probarlo y resulta enorme.)* Todo tiene arreglo menos la vida. ¡Esta no te puede quedar mal! *(Sonríe y le entrega una bufanda tejida. Cintia la reconoce. Enrique la recibe con alegría.)*

Enrique.— ¡Esta bufanda sí la acepto!

Isabel.— ¿Nada más?... Si todo es tuyo.

Enrique.— *(Con simpleza.)* Nunca he tenido ropa tan bonita. *(Juguetón se coloca la bufanda y un sombrero tirolés y sonríe.)*

Isabel.— ¡Toma este reloj! Se lo regalamos en su último cumpleaños. *(Enrique se pone el reloj de pulsera.)*

Cintia.— *(Iracunda.)* ¡No fue su último cumpleaños! Vivió dos años más. Esa bufanda es mía, ¡dénmela! ¿Cómo se atreven a repartir sus pertenencias? *(Azorado, Enrique le entrega la bufanda. Cintia la arrebató y luego, tierna, la acaricia como si fuera un bebé.)* ¡Yo se la tejí! Fue el primer regalo que le di... todos mis regalos fueron hechos con estas manos. ¡Ustedes no quisieron a Benjamín, solamente lo manipularon! *(A Diego.)* ¡No sé qué

podieron haber dicho para que pensara en abandonarme! ¡Maldito! ¡Pero ya tengo a alguien que me quiera!

Isabel.— (*Por primera vez irónica.*) ¡Qué pronto se consoló!

Cintia.— (*Llorando.*) ¡Ya lo tengo en mis entrañas! (*Sorpresa general. Cintia comprende que ha hablado de más.*)

Diego.— (*En ataque.*) No se pase de lista. De nosotros no va a recibir ni un centavo.

Cintia.— (*Inicia la huida.*) ¡No quiero nada!

Enrique no sigue a Cintia porque está estupefacto.

Diego.— Aún si estuviera embarazada, no sabríamos quién fue el padre.

Cintia.— (*Iracunda.*) Pero ¿de quién más? (*Ha abierto la puerta.*)

Isabel.— Cintia, espera. ¿Me juras que es hijo de Benjamín?

Cintia.— (*Con certeza.*) ¡Sí!

Isabel.— ¿Lo supo él?

Cintia.— ¡Claro!

Isabel.— (*A Diego.*) ¿Te lo dijo a ti?

Diego.— ¡Claro que no! Vino simplemente a pedir dinero.

Isabel.— (*Inquisitiva.*) ¿No a regresar?

Diego.— (*Intentando cubrir su mentira.*) También, también.

Isabel.— Si vino sólo a eso, ¿por qué quiso hablar a solas contigo?

Diego.— Eso fue lo que pidió.

Cintia.— ¡Usted miente! A la hora del accidente yo estaba trabajando y nunca supe que estuvo aquí.

Diego.— ¡Usted es la que miente!

Cintia.— Mentira o verdad... yo únicamente vine a tráeles las cartas porque un día me dijo que si algo le pasaba, quería que se publicaran sus versos... Yo no sé de esas cosas. Por eso vine. Las cartas fueron una excusa.

Cintia intenta salir y Enrique la sigue, pero son detenidos por el parlamento de Isabel.

Isabel.— Cintia, te voy a hacer una pregunta que quiero me respondas con toda la sinceridad de tu alma. Aún si mentiste antes, tienes ahora que decir la pura verdad. ¿Fue la muerte de Benjamín un suicidio?

Diego.— (*Casi en un grito.*) ¡Isabel, por favor!

Isabel.— (*Con gran fuerza a Diego.*) ¡Cállate! (*A Cintia.*) ¿Fue un suicidio?

Cintia.— (*Después de un silencio.*) ¿Qué motivos podía tener? Iba a ser padre y tenía mi amor.

Isabel.— (*A Diego.*) Tú fuiste el último que habló con él, ¿fue un suicidio?

Diego.— (*En falsa salida.*) ¡Sí lo fue y la culpa es de esta muchacha!

Isabel.— (*Con gran autoridad.*) ¿Solamente de ella?

Diego.— Para mí, él murió el día que abandonó esta casa.

Isabel.— ¡Mientes! Sé que algo pasó entre ustedes ese día. Benjamín era un gran piloto, no pudo haberse simplemente estrellado.

Diego.— ¡Pues así fue!

Isabel.— ¿No puedes llorar un poco por él... y por mí? Me das lástima.

Diego.— A mí no me das lástima porque eres mi esposa.

Isabel.— Ser mi marido ya nada significa para ti. Siempre estás dedicado a tus negocios como antes en cubrir de premios a tu hijo. ¿Y yo? A pesar de que te quise por sobre el amor de mi hijo...

Isabel llora plácida. Por un instante nadie habla.

Diego.— (*Aparentemente calmado.*) Los versos y las cartas han sido recibidos, la ropa ha sido entregada, así es que este melodrama se acabó. Me esperan en la acerera en una junta. (*No sonó convincente.*)

Cintia.— Cuando supimos que estaba embarazada, Benjamín decidió hablar con ustedes. Dijo que el bebé tenía el derecho a tener abuelos, no como él, que cuando nació ya habían muerto. (*Isabel reacciona con la información fidedigna.*) ¡Se le veía tan feliz! Un hombre así no puede suicidarse, pero nada me dijo de venir a verlos ese día.

Enrique hace un gesto de desesperanza y se sienta en el gran sillón de la sala, desde donde sigue los parlamentos.

Diego.— Si venía a decir eso, no lo hizo... pero tampoco le di tiempo... como creo que nunca le di tiempo para hablar de tantas cosas. Yo le ofrecí darle a usted una buena cantidad de dinero si él regresaba a casa. Se enfureció y yo le repliqué haciéndole un listado de las oportunidades que estaba desaprovechando. Mencionamos a Enrique (*Éste se sorprende. Aún lleva el sombrero tirolés. Le dirige el parlamento a Enrique.*), de todo lo que tuvo Benjamín y que a ti te faltó. Benjamín comenzó a llorar y me dijo: “Papá, te necesito”. (*Con mirada limpia, ve a Isabel.*) Y yo lo dejé hablando, aquí en ese sillón... (*Donde está Enrique, quien se incorpora como si le quemara el asiento.*) Después me llamaron a la oficina para avisarme que había muerto en un choque.

Isabel.— (*Dolida.*) ¿Por qué inventase la historia de que quería volver con nosotros?

Diego.— (*Excusándose con dificultad.*) Por ti... al fin ya estaba muerto. De verdad pensé que era todo tan vulgar que lo dejé hablando y me fui a la oficina.

Isabel.— (*Iracunda.*) ¡Maldito, tú lo mataste! Has destruido tantas vidas, la del padre de este muchacho, la de Benjamín... y la mía. ¡No mereces perdón!

Cintia.— (*Habla para sí.*) Nunca sabremos la verdad. ¿Qué hubiera sido de Benjamín con otro padre? (*Mira a Enrique.*) ¿O de ti, Enrique? Qué bueno que vine hoy... ahora comprendo mejor a Benjamín y ya no puedo guardarles rencor. (*Le entrega a Enrique la bufanda.*) Adiós y ojalá hagas a esta ropa feliz.

Diego.— (*Con gran candidez.*) ¿Me juras que es mi nieto?

Isabel queda perpleja por el tono franco de Diego que para ella es desconocido hasta este momento.

Cintia.— Adiós. *(Se dirige al umbral de salida.)*

Diego.— ¡Te creo! Benjamín me lo dijo y también me dijo que te quería y que era feliz. Que habías sido muy buena con él. *(Cintia cruza el umbral y se detiene. Enrique aún queda dentro. Diego levanta el volumen de voz.)* No me pidió nada para ustedes, sino todo para el bebé. *(Cintia ha salido seguida por Enrique.)* ¡No te vayas! Isabel te necesita... *(Por primera vez tierno.)* Y yo también te necesito... Hoy has traído una esperanza a esta casa...

Cintia regresa y queda en el umbral.

Diego.— ¡Benjamín no ha muerto del todo!.. ¡Por favor, no te vayas!

Cintia.— Algún día les dejaré que vean al bebé. No sé cuándo, pero les prometo que sabrán de nosotros.

Isabel.— ¿Por qué esperar hasta entonces?

Cintia.—No estamos listos para formar una familia... El tiempo dirá cuándo... *(Sale de escena.)*

Enrique.— *(Después de un instante, con atolondramiento.)* ¡Yo también me voy!

Diego.— Enrique puedes regresar cuando quieras. Esta es tu casa. Hablaré con el rector y te aseguro una plaza en la universidad.

Enrique.— No la quiero. Voy a volver al pueblo... Será por unos meses. Necesito buscar a mi padre... aún es tiempo para de que podamos ser padre e hijo.

Diego.— *(Sorpresivamente conciliatorio.)* Yo sé dónde está tu padre. En mi despacho tengo la dirección. Llámame *(Le entrega una tarjeta personal.)*

Enrique toma la tarjeta y se encamina hacia la puerta principal.

Isabel.—¿No te llevas la ropa?

Enrique.— (*Vuelve la mirada a Isabel.*) Algún día regresaré por la ropa de Benjamín... (*Se acerca a su tía y la besa en la mejilla.*) Aún no la merezco.

Isabel abraza amorosamente a su sobrino y él lo acepta. Luego Enrique extiende la mano derecha a Diego y éste la recibe con calidez sin decir palabra, cosa inusitada en él. Enrique hace mutis en silencio. En la escena se siente la ausencia de Cintia y de Enrique, como en un frasco en el que ha agotado el perfume, pero que aún conserva el aroma.

Diego.— (*Mira el reloj caído y descubre que no funciona.*) El tiempo ha quedado detenido.

Isabel.— Pero hemos vivido siglos.

Diego.— Y nos hemos vuelto a quedar solos.

Isabel.— (Con gran esperanza.) No tanto.

Diego.— ¿Qué han sido para ti estos últimos años?

Isabel.— (*Sin encontrar respuesta con rapidez.*) Un desconcierto.

Diego.— Nunca supimos cómo ser felices juntos, ¿verdad?

Isabel.— Aún queda tiempo.

Diego recoge el reloj y lo zarandea.

Diego.— Mira, volvió a caminar... (*Isabel nota una nueva mirada de Diego.*) Nunca pensé que iba a tener un nieto.

Isabel.— Él nos recuperará la felicidad.

Diego.— (*Habla con entusiasmo.*) ¡Un muchacho de nuevo en esta casa! Tendremos que ponerlo en la mejor de las escuelas... O en una escuela especial para niños superdotados. (*Isabel desapruueba el comentario de Diego.*) Siempre pensé que la educación elemental fue deficiente para Benjamín. Llevaremos al niño a Europa. ¿Cómo se llamará? Necesariamente Benjamín. Voy a adquirir un seguro para su educación, por si algo nos pasa. ¡Ese niño llegará a ser grande! (*Por primera vez mira a Isabel.*)

Isabel.— Para comenzar no sabemos si será nieta o nieto.

Diego.— Tienes razón.

Isabel queda sorprendida de escuchar estas palabras por primera vez en su matrimonio.

Isabel.— ¡Diego, no hay que repetir la historia!

Diego.— (*En franco desconcierto.*) Perdóname... Si te hubiera escuchado antes, acaso todo sería diferente... ¿Qué seremos para ese bebé?

Isabel.— No sabemos qué querrá su madre... ni qué querrá el muchacho o la muchacha cuando crezca... Tendremos que aprender todo de nuevo... hay tantas cosas que revisar...

Diego.— ¡Todo en lo que creía, se ha venido abajo!

Isabel.— Para comenzar leeré estas cartas tuyas y mías.

Diego.— Yo leeré los poemas.

Isabel.— (*Ganando en autoridad.*) No, tú también necesitas leer estas cartas y redescubrir que un día supiste buscar el amor.

Diego.— (*Mira sincero a su esposa y con intensidad se pregunta.*) ¿Lo supe?

Isabel.— ¡Que diga Benjamín si no... y también yo!

Diego.— Tendré que aprender tantas cosas...

Isabel.— ¡A pocos el destino nos brinda una segunda oportunidad!

La pareja se abraza. El violín segundo y la viola se confunden en un beso. Oscuro paulatino. Fin de la obra.

Buenos Aires, Argentina
7 de agosto de 2010